

—La luz de la Reina—

Reinado
de María 

Lumen Reginae

Nº 5 - Septiembre 2020

«**Es tan linda** Ella,
tan bonita Ella, **tan**
embelesadora... María
en su hermosura llega, toca
el nivel **de lo infinito**. Si
en su actuar produce **un**
fruto infinito es que **su**
poder alcanza al límite de
lo infinito».

P. Rodrigo Molina

Victorias de María,

El poder del Nombre de María

Testigos de María,

Santa Teresa de Calcuta

EN ESTE NÚMERO

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA NOS LLEGA LA SALVACIÓN	4
VICTORIAS DE MARÍA EL PODER DEL NOMBRE DE MARÍA	7
TESTIGOS DE MARÍA SANTA TERESA DE CALCUTA	8
MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ QUINTA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA	10
SER DE ELLA COMO ELLA LO ES DE DIOS LA VIDA DE SANTA TERESA DE CALCUTA BAJO EL AMPARO DE NUESTRA SEÑORA	12
REINADO DE CRISTO EL HIJO DE MARÍA, NUESTRO REDENTOR	14
AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO ESCOGIDA POR LA SANTÍSIMA TRINIDAD	15



EL P. RODRIGO MOLINA ES EL ALMA SACERDOTAL QUE
INSPIRÓ EL REINADO DE MARÍA

«La augusta Madre de Dios, misteriosamente unida Jesucristo desde toda la eternidad con un mismo decreto de predestinación» (Pío IX, Bula Ineffabilis Deus, 1)...: «Uno y mismo decreto». Como Cristo fue concebido sin pecado, la Virgen fue inmaculada en su concepción. Como Cristo murió en la cruz, la Virgen murió de compasión al pie de la cruz. Como Cristo resucitó, Santa María no conoció la corrupción. Como Cristo ascendió en cuerpo y alma al cielo, María fue asunta en cuerpo y alma al cielo. Como Cristo es Rey del Universo a la derecha del Padre, María es Reina del universo a la derecha Dios... Dios ama tanto a María que la declara inseparable de Cristo. Tanto que si María dejara de existir, Cristo también dejaría de existir. Así de unidos están».

(P. Rodrigo Molina)



Al lector

¡Felicidades María!

Natividad de Nuestra Señora. El cumpleaños de la Virgen. ¿Qué regalo vamos a darle?

María, la “Amada de Dios” es la niña de la Santísima Trinidad. Niña de Dios por nuestro bien nacida.

Niña de Dios: el arcángel San Gabriel la llamó “llena de gracia”. ¡Era familia divina! Puso Dios en Ella tanto amor que le comunicó su mismo ser de Dios. Es la niña de Sus ojos.

Y nació por nuestro bien. Esta Niña, con más razón que Abraham, fue causa de salvación para todos nosotros. ¿Cómo no la vamos a festejar?

Ha nacido Aquella que pisará la cabeza a nuestro común enemigo. Todo el abismo se estremece al contemplar su diminuto piecicito de bebé aplastando la cabeza de la infernal serpiente... ¿Quién es Ésta que nace, que asoma como el alba, hermosa como la luna... brillante como el sol? Temible como un ejército formado para el combate... (cf. Ct 6, 10ss).

Nace en el silencio de la historia, también en el silencio del Evangelio, donde no ha quedado constancia. Es la aurora de la salvación, pero nace sin alboroto; frente a mi afán de hacer obras visibles, las tuyas, Niña Divina, son grandes obras ocultas.

En el país de Jesús, cuando nacía una niña, no se hacía fiesta. También el día de nuestro nuevo nacimiento, el de la gracia, en el bautismo, nadie notó nada exterior, pero una gran realidad, no una fantasía, la transformación de nuestro ser en hijo de Dios se obró en nuestra alma sin que nadie lo advirtiese.

Qué contraste con nuestro anhelo de aplauso, de éxito, esa búsqueda ansiosa de grandeza exterior... Cuando la grandeza de María está en su humildad.

Mi nuevo nacimiento de cada día a la gracia no necesita ruido; antes bien, le estorba. La Virgencita prefiere obras ocultas. ¡Qué gran regalo de cumpleaños para María!

Que María nazca en nuestros corazones. De manera silenciosa. Sin clamor de trompetas ni redobles de tambor, sino que en el hondón de mi corazón la Niña María se haga presente con obras muy grandes: las obras de la humildad».



Felix Coeli Porta

De **María** nos llega la **Salvación**

CADA AÑO EL 8 DE SEPTIEMBRE LA IGLESIA CELEBRA LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARÍA

La tradición sitúa el nacimiento de la Virgen en Jerusalén. En la Edad Media se edificó una basílica en el lugar que presumiblemente se creyó había sido la casa de Joaquín y Ana, y en recuerdo del nacimiento de María. La concepción de Ana, estéril durante más de veinte años, había sido algo milagroso, fruto de oraciones y de súplicas de los piadosos y afligidos esposos al Señor.

El nacimiento se produjo probablemente unos catorce o dieciséis años antes del nacimiento de Jesús. Hacia el año 736 o 734 de la fundación de Roma.


El nacimiento de María significó la aparición en el mundo de la Mujer elegida y predestinada desde la eternidad para ser la Madre del Hijo de Dios. Fue la aparición de la Virgen pura, Inmaculada y llena de gracia, en un mundo manchado y dominado por la culpa de Adán. Fue el nacimiento de una Niña, en lo exterior semejante a las demás, pero interior y espiritualmente muy distinta y superior a todas.

El nacimiento de María fue el prelude de la salvación, el pórtico de la gran manifestación del amor salvífico de Dios. Así lo celebra la liturgia y así lo exponen los Papas. Fue la Aurora que anunció la llegada de la luz, que ilumina y santifica.

Eternamente fue concebida en la mente de Dios como Nuestra Señora de la Alborada: «la luz que anuncia la proximidad del Sol a punto de nacer, Cristo. Donde está María, aparecerá pronto Jesús» (San Pablo VI, *Marialis cultus*).

San Juan Pablo II nos enseñó: «¡Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, ha anunciado la alegría a todo el mundo!. Hoy es, pues, el día de este gozo. La Iglesia, el 8 de septiembre, nueve meses después de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Madre del Hijo de Dios, celebra el recuerdo de su nacimiento. El día del nacimiento de la Madre hace dirigir nuestros corazones hacia el Hijo. «De Ti nació el Sol de justicia, Cristo, nuestro Dios, que borrando la maldición, nos trajo la bendición, y triunfando de la muerte nos dio la vida eterna.»

Así pues, la gran alegría de la Iglesia pasa del Hijo a la Madre. El día de su nacimiento es



*«Hoy nace una clara estrella,
tan divina y celestial,
que, con ser estrella, es tal,
que el mismo Sol nace de ella»*

verdaderamente un preanuncio y el comienzo del mundo mejor, como proclamó de modo estupendo el Papa Pablo VI.

Y por esto, la liturgia de hoy confiesa y anuncia que el nacimiento de María irradia su luz sobre todas las Iglesias que hay en el orbe». (8 de septiembre, 1979).

El nacimiento de María nos hace presagiar en anticipo el misterio de la Encarnación; porque Ella es «portadora de la luz divina; es la puerta por la que el cielo dará sus pasos hasta la tierra; es la Madre que dará la vida humana al Verbo de Dios; es el adviento de nuestra esperanza». (Pablo VI, 8 de septiembre, 1964).

Muy unida a la celebración de la Natividad de la Virgen María está la fiesta del Dulce Nombre de María, cuatro días después, el 12 de septiembre.

El evangelista San Lucas revela el nombre de la doncella que va a ser la Madre de Dios: «Y el nombre de la Virgen era María» (Lc 1, 27).

¿Qué significa el nombre de María? Es un nombre muy rico en contenido. Los comentaristas cuentan más de sesenta interpretaciones diferentes. Depende del punto de referencia que se adopte, la raíz del lenguaje hebreo, siríaco, o egipcio. Entre los significados más comunes podemos recoger los siguientes, algunos propuestos por los Santos Padres y los escritores antiguos:

María significa bello, belleza, según la raíz del verbo hebreo Mârâ, que significa pingüe, abundante, crema aromática, que para los palestinos y los árabes es un elemento de belleza.

María significa rebelarse, rebelión, de la raíz del verbo Mârâh. Se hace referencia a la eterna enemistad de María contra la esclavitud del demonio y su poder, como antagonista de



Satanás, desde la promesa del Protoevangelio (Gén 3, 15).

Una tercera significación es: amarga, amargura, mar amargo, de la raíz del verbo Mârâr o Mârâh y jam. Significa propiamente amargura y mar amargo. Equivaldría a la Virgen Dolorosa, la Virgen de los Dolores. María fue realmente en este sentido mar de amargura, desde que en su presentación en el templo el anciano Simeón le pronosticó que una espada

de dolor atravesaría su alma.

El cuarto significado puede ser: Amada de Dios, del verbo egipcio M(a)ry, M(a)ryt, que significa amado y querido. O del hebreo iam que era una abreviatura del nombre de Dios en el hebraísmo. De ahí se forma (Mar)-iam.

Esta significación, propuesta por eminentes y autorizados estudiosos, tiene una aplicación muy apropiada a la Virgen María, que es la Amada de Dios por antonomasia, y que participa de la gloria de su nombre.

El nombre María tiene también otras significaciones. Significa Estrella del mar, y así la saludan de manera particular la Orden de los Carmelitas y todos los devotos de la Virgen del Monte Carmelo, patrona de los marineros: Dios te salve, Estrella del mar; Santa Madre de Dios...

Señora: es otra significación de Miriam,

propuesta por antiguos escritores griegos. Este significado se deriva del vocablo arameo: mâr(a), mâry = Señora.

Iluminada, iluminadora, la que está llena de luz, son otras significaciones del nombre de María. Así lo interpretaron escritores antiguos y medievales. Le corresponde con perfección a la Virgen María, la Madre de Jesús. Ella dio a luz al que es la luz del mundo, Jesucristo, que dijo de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8, 12).

San Alfonso María de Liguorio dice expresamente que Dios escogió para su Madre un nombre cargado de todas las dulzuras. Es un nombre más dulce que la miel, dice San Bernardo, que al pronunciarlo deja el alma rezumando castidad, alegría y devoción. San Pedro Crisólogo dijo también que ese nombre indica castidad. María es el nombre por el que nos han venido todos los bienes.

Todas estas excelencias contiene el nombre de María: como si Dios hubiese querido revelar y declarar ya con el nombre, la grandeza de su Madre, y qué linaje de bienes tenemos que esperar de ella. Efectivamente el nombre de María es, a semejanza del de su bendito Hijo, una prenda segura, que nos afianza todos los bienes necesarios a nuestra salvación.

Por primera vez, se autorizó la celebración de esta fiesta en el año 1513, en la ciudad española de Cuenca; desde ahí se extendió por toda España y en 1683, el Papa Inocencio XI la admitió en la iglesia de occidente.

Invoquemos con devoción el Santo nombre de María, como auxilio y protección en los momentos de peligro y como anhelo de esperanza, consuelo en la tristeza y aliciente en el gozo. Después del nombre de Jesús no hay otro nombre más poderoso en la tierra que el nombre bendito de María.



El poder del **nombre** de **María**

Refiere San Alfonso María de Liguorio, en su hermoso libro «Las Glorias de María» la historia una joven llamada María. Los hechos ocurrieron hacia el año 1465. Un tío suyo la envió a la ciudad de Nimega a hacer unas compras, encargándole que pasara la noche en casa de otra tía que allí vivía. Pero al presentarse la joven por la tarde en casa de la tía, ésta la despidió groseramente. Confusa y desconsolada, María emprendió el camino de regreso a su pueblo. Pero cayó la noche... Entonces, llena de cólera invocó al demonio. Y el demonio se le apareció en forma de un hombre, que prometió ayudarla con una condición: «De hoy en adelante no vuelvas a hacer la señal de la cruz y cambia de nombre».

La joven contestó: «En cuanto a lo primero, no haré más la señal de la cruz, pero mi nombre, María, no lo cambiaré».

Entablaron una discusión y al fin llegaron a un acuerdo: de ahí en adelante María aceptó que se llamaría con la primera letra de su nombre: «Eme». Hecho el pacto, el demonio, «padre de la mentira», se la llevó a vivir con él a Amberes.

Después de seis años, «Eme» dijo al demonio que deseaba volver a su tierra. Y aunque al demonio le repugnaba la idea, consintió. Al entrar en Nimega, vieron que en la plaza se representaba la vida de Santa María. Entonces Eme se sintió estremecer y rompió a llorar. El demonio quiso sacarla de allí, pero como la joven se resistía, enfurecido la levantó por el aire y la lanzó en medio del teatro.

La desdichada joven, dolorosamente arrepentida de tan malos pasos, acudió a confesarse. El confesor le impuso la singular penitencia de llevar siempre tres anillas de hierro: una al cuello, y las otras, una en cada brazo.

La joven así lo hizo. Durante catorce años vivió en un monasterio, donde se entregó a una vida de oración y penitencia.

Una mañana vio que se habían roto las tres argollas. Dos años después murió con fama de santidad. Quiso ser enterrada con aquellas argollas que, de esclava del infierno, la habían cambiado en feliz esclava de Santa María, la Madre de Dios, cuyo nombre ella había despreciado y cuyo nombre, en la eternidad, sería su gloria.



Santa **Teresa** de **Calcuta**

El 5 de septiembre celebramos la memoria de Santa Teresa de Calcuta. La Madre Teresa vivió con el corazón en el cielo y las manos hundidas en lo peor que tiene este mundo. Toda una vida al amparo de Nuestra Señora.

«La grandeza de María reside en su humildad. Jesús, quien vivió en estrechísimo contacto con Ella, parecía querer que nosotros aprendiéramos de Él y de ella una lección solamente: ser mansos y humildes de corazón»

Madre Teresa nació el 26 de agosto de 1910 en Skopje, Albania (Macedonia en la actualidad). En el Bautismo recibió el nombre de Gonxha Agnes.

A los cinco años hizo su Primera Comunión y a los seis su Confirmación. Cuando tenía ocho años murió su padre.

La profunda religiosidad de su madre despertó en Gonxha la vocación misionera a los doce años, que inició ingresando en las Hijas de María, para asistir a los necesitados.

A los dieciocho años, conmovida por las narraciones de un misionero en Bengala, abandonó su hogar para ingresar en la Congregación de las Hermanas de Loreto en Irlanda.

El 6 de enero de 1929, solemnidad de la Epifanía, llegó por primera vez a Calcuta, en la India. Allí trabajó incansablemente como maestra en la educación de las niñas y jóvenes que Dios ponía en su camino. El 25 de mayo de 1937, fiesta de María Auxiliadora, hizo su profesión perpetua, convirtiéndose –como afirmó– en esposa de Jesús para toda la eternidad.

Sin embargo, Dios quería hacer de Madre Teresa un instrumento de su misericordia en favor de los más necesitados y abandonados. Así, el 10 de septiembre de 1946 recibió la que denominó “la llamada dentro de la llamada” en que una sed de amor y almas se apoderó de su corazón. El Señor le reveló su dolor por el olvido de los pobres y su deseo de ser amado por ellos.

Dejó su amada Congregación para trabajar entre los más pobres de los pobres.

El 7 de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, se estableció oficialmente la nueva Congregación de las Misioneras de la Caridad por ella fundada.



Vestida con el sari blanco orlado de azul, Madre Teresa se sumergió en el mundo de los más necesitados. Comenzaba su jornada diaria con la Santa Misa. Acudía a la confesión semanalmente. Y nunca salía de casa sin llevar en sus manos el Santo Rosario. “Nuestra Señora –decía– me acompaña en todos los viajes, la llamo mi Compañera.”

Madre Teresa aprendió de Santa María a servir a los necesitados. Decía: “Deberíamos hacer con los pobres lo que hizo María con su prima Isabel: ponernos a su servicio.”

Madre Teresa afirmaba que “María es nuestra Madre, la causa de nuestra alegría. Por ser Madre, yo jamás he tenido dificultad alguna en hablar con María y en sentirme muy cercana a Ella.” Por eso en sus necesidades recurría con confianza a Ella. Es conocida su “novena de emergencia”, su “rápida arma espiritual”, que fluía desde el amor y la confianza que tenía en María ante situaciones de agobio y necesidad: la curación de un enfermo, antes de conversaciones importantes, para solicitar ayuda, cuando se encontraba sin recursos... Consistía en recitar diez “Acordaos” en un día, de forma rápida, por esa intención.

La santa enseñaba que esta oración “expresa de manera efectiva su confianza en el poder de la intercesión de María como mediadora de todas las gracias”.



Quinta aparición de **Nuestra Señora**

«CONTINUAD REZANDO EL ROSARIO»

En 13 de septiembre de 1917. En medio de un gentío expectante, los pastorcitos comienzan a rezar el rosario en preparación a la venida de Nuestra Señora, quien, precedida por un reflejo de luz, se aparece sobre una encina y les habla:

«Continuad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra. En octubre vendrá también Nuestro Señor, Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen y San José con el Niño Jesús para bendecir al mundo. Dios está contento con vuestros sacrificios pero no quiere que durmáis con la cuerda, llevadla sólo durante el día».

Lucía pide por algunos enfermos.

«Sí, a algunos los curaré, a otros no. En octubre haré el milagro para que todos crean.»

Hombres y mujeres de diferente edad y condición social buscan a los niños para que presenten sus peticiones. Como recuerda la misma Lucía, allí aparecían todas las miserias de la pobre humanidad. La Señora contesta que unas serán atendidas y otras no. Como Madre bondadosa sabe lo que es mejor para cada uno de sus hijos.

Esto nos enseña que debemos confiar en María,



exponerle nuestras necesidades con la sencillez de un niño que acude a su madre y abandonarnos a su voluntad. A nosotros nos toca rezar, nunca dejar de rezar, como la misma Virgen nos lo recuerda con insistencia. Ella conoce bien nuestra fragilidad e inconstancia y la acción del enemigo, que nos pondrá mil tentaciones de pereza, cansancio, distracciones inútiles para abandonar la oración y así perder el ánimo y la esperanza.

Aprendamos a orar, dediquemos un tiempo en exclusiva a tratar con Dios como tratamos con un amigo querido. Necesitamos alimentar el alma en la oración para fortalecerla contra las tentaciones y luchas cotidianas y para vencer a nuestros grandes enemigos: el mundo, que atrae con la seducción de las riquezas y poder; el demonio, que engaña con variedad de tentaciones, especialmente de soberbia y vanidad; y la carne, que debilita el espíritu con tentaciones de sensualidad y placer.

Pero oración acompañada de sacrificio, como aprendieron a hacerlo los pastorcitos y la misma Virgen les asegura que Dios está contento con ello. Los niños se privaban de su merienda, que daban a los corderitos o a otras familias pobres; y para engañar el hambre, buscaban raíces y bellotas amargas. Se privaban de la fruta y de otras golosinas. Se abstendían de beber agua, ofreciendo frecuentemente el sacrificio de la sed. Se mortificaban con ortigas, con las que se frotaban las manos y las piernas...

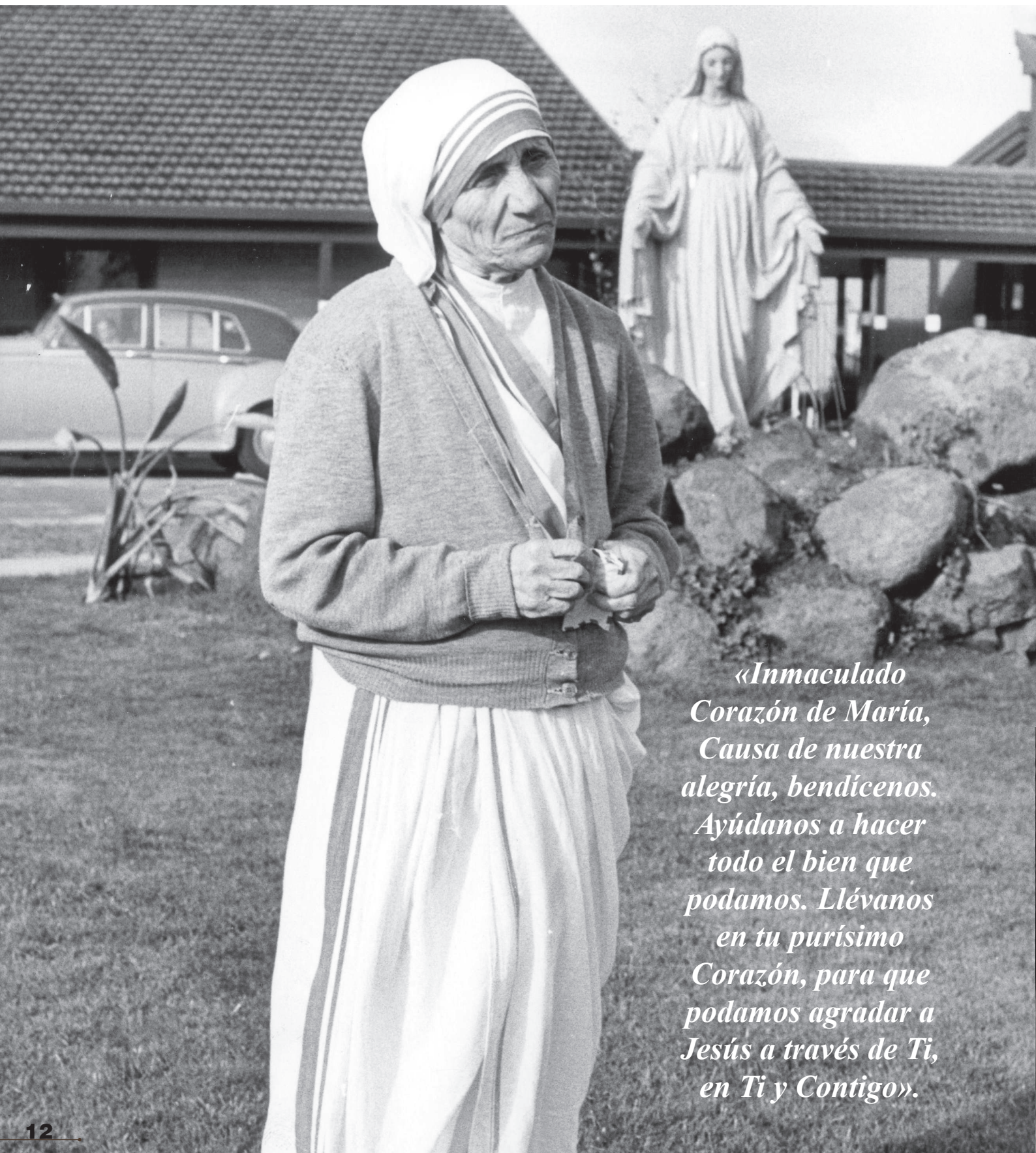
Por último, la Señora anuncia un milagro en octubre para que todos crean. Ante las calamidades que experimenta el mundo actual, María nos vuelve a recordar que hay solución, y que está en nuestras manos. Nos dice que los mismos milagros y más portentosos puede hacerlos en este siglo de avances tecnológicos y científicos, pero que con saña pretende descartar a Dios. Nos pide que recemos el rosario todos los días. Solución sencilla, aun al alcance de los niños, pero necesaria para llevar a cumplimiento Su promesa:

«Mi Inmaculado Corazón triunfará».



SER DE ELLA COMO **ELLA LO ES DE DIOS**

La vida de **Santa Teresa de Calcuta**
bajo el **amparo** de **Nuestra Señora**



*«Inmaculado
Corazón de María,
Causa de nuestra
alegría, bendícenos.
Ayúdanos a hacer
todo el bien que
podamos. Llévanos
en tu purísimo
Corazón, para que
podamos agradecer a
Jesús a través de Ti,
en Ti y Contigo».*

La Madre Teresa de Calcuta vivió la intimidad con Nuestra Señora a través de la consagración mariana. Así escribía: «Ella [María], como primera Misionera de la Caridad, se apresuró a ayudar a Jesús en la santificación de Juan..., y lo mismo hará con vosotras y conmigo si la amamos de manera incondicional y confiamos en Ella plenamente. Cuanto más nos entreguemos a Ella sin reservas, mayor será el número de santos en nuestra Compañía, pues nada es imposible para aquellos que la tienen por Madre. Con frecuencia durante el día, elevemos el corazón hacia Ella y preguntémosle cómo haría Ella esto o aquello si estuviera en nuestro lugar, y sobre todo cómo amar a Dios como ella lo amó, para que nosotras lo amemos con su corazón».

Alianza personal

Fue la clase de alianza que Jesús mismo estableció entre Su Madre y San Juan en el Calvario cuando les dijo: «Mujer, ése es tu hijo. Y luego al discípulo: Ésa es tu Madre» (Jn. 19, 26-27). Nuestra alianza con Nuestra Señora es una especie de consagración por la que nos encomendamos nosotros y nuestra vida entera completamente a Ella, y de ese modo nos convertimos en «especialmente suyos». La consagración a Nuestra Señora es una alianza de vida compartida con Ella al servicio de su Hijo.

En la medida en que seamos en Ella y de Ella, seremos en y de Cristo el Señor; en la medida que Ella sea en nosotros, viviendo y



orando, sirviendo y consolando, canalizando las aguas del Espíritu del Amor, podremos vivir las mismas gracias que vivió la Madre Teresa, en la Calcuta de nuestras propias vidas: Con María, progresamos más en el amor a Jesús en un solo mes que lo que hacemos en años viviendo menos unidos a esta buena Madre (Cf. San Luis María Grignon de Montfort).

La alianza con Nuestra Señora se basa en el único «gran mandamiento» que Ella nos dio: «Haced lo que Él os diga» (Jn. 2, 5). Ella ve y conoce nuestra necesidad; intercede por las gracias de las que carecemos y nos prepara para recibir las. Cuando acudimos a Nuestra Señora con confianza de niño, todo se vuelve más fácil.

Vivir en una relación de alianza con Ella no significa sólo que, como San Juan, la tengamos en nuestra casa («Desde entonces, el discípulo la tuvo en su casa» [Jn. 19, 27]) como una presencia en nuestra vida diaria, sino que le concedamos autoridad sobre nosotros y todo lo nuestro.

La intimidad con Nuestra Señora nos permite vivir más allá de nuestras limitaciones, envueltos en su presencia y compartiendo su espíritu y su Corazón. Sin este encuentro cotidiano, nunca aprenderemos a escuchar el susurro de su sabiduría ni a percibir la luz que nos infunde en lo más profundo de nuestras almas. Sin abrirnos a Ella, no habrá entrega, ni rendición a Ella y a través de Ella a Dios. Nuestro encuentro con Ella lleva al encuentro con Dios.



La Cruz belleza divina redentora

Exaltación de la Santa Cruz. ¿Acaso rendimos homenaje a la destrucción e ignominia, a un monumento al dolor, al odio devorador e infernal? ¡No! La Cruz es el abrazo de Jesús con el Padre que, por su entrega hasta la muerte, nos reconcilia con nuestro Padre Dios.

La Cruz es el Árbol del amor. Las llagas de Jesús, esa llaga que es Jesús, nos da la medida

de su amor que no conoce medida. Las llagas de Jesús son expresión en lo humano del amor del Padre.

Cristo Crucificado salió fiador de ese cúmulo de atrocidades que es nuestra historia (la personal y la de todos los hombres) y se hizo responsable, se la apropió: «Aquel que no conoció pecado, se hizo pecado» (2Co 5, 21), la hizo suya con todas sus consecuencias penales.

¡Hermosura de la Cruz! Es belleza divina que transforma el pecado en misericordia. De las entrañas del dolor y del fracaso nacen el amor y la vida.

Los ojos de María escrutaron el misterio de la locura de la Cruz. «Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre» (Jn 19, 25). Stabat. Ella es testigo firme. El dolor no la abatió, no la postró por tierra. Sino que intrépida, de pie, nos enseña la contemplación de la Pasión. Desde el día de la Cruz «ningún juicio condenatorio, ninguna sentencia de condenación pesa sobre los que aceptan a Cristo» (Rm 8, 1).

En el rostro de la Madre surcado por lágrimas, resplandece la bondad del Padre, el amor compasivo de Dios. Su dolorosa mirada de ternura intensísima, conmueve, dulcifica, anima y empuja a la conversión: ¿Y qué hombre no llorara si a la Madre contemplara de Cristo en tanto dolor? ¿Y quién no se entristeciera, piadosa Madre, si os viera sujeto a tanto rigor?

Santa María nos descubre que algo grandioso se fragua en el Calvario. Es la explosión del amor, que hace romper el dolor y transformarlo en resurrección. Merece la pena sufrir. La Cruz no enturbia la luz de la Resurrección, el resplandor del triunfo de Dios. Debemos recibir la Cruz con acción de gracias. En todas sus apariciones en mi vida, la Cruz libera.



Escogida por la Santísima Trinidad

Ab aeterno, desde la eternidad, antes de la creación del mundo ya estaba la Inmaculada, la Llena de Gracia, destinada a ser la que en el Espíritu Santo concebiría a Jesucristo, el cual a su vez, por el mismo decreto divino, sería Emmanuel, Dios con nosotros, verdadero Dios y verdadero hombre: por el mismo decreto predestinados Hijo y Madre, la Madre por el Hijo, como enseña la Bula dogmática Ineffabilis Deus, del Papa Pío IX cuando el 8 de diciembre de 1854 declaró el dogma de la Inmaculada Concepción.

María es la Primogénita, la Eximia... porque engendraría a Jesús que es Dios, en cuanto a su naturaleza humana asumida. Hija de Dios, Madre de Dios, Señora de su Señor. Su dignidad es «singularísima, sublime y casi divina», roza lo infinito.

¡Qué alegría en el cielo! Con María comenzó la tierra a parecer hermosa a los moradores de la gloria; y subía por vez primera de la tierra al cielo la fragancia de la ofrenda y sacrificio de un corazón amante de Dios con amor perfecto.

El Padre celestial se inclina benignísimo hacia la Niña predestinada, objeto de su predilección, y se apresura a bendecir por Ella a la tierra, ahuyentando la maldición y haciendo venir sobre el mundo tiempos dichosos de libertad y grandeza. El Hijo saluda embelesado a su futura Madre, y el Espíritu Santo se goza en aquella obra maestra de la naturaleza y de la gracia, la más grande maravilla que hasta entonces creó Dios; y pone con infinita complacencia su morada en el corazón de esta Niña.

Con María entramos en un mundo que no está hecho a nuestra medida, penetramos en el



reino del amor insondable de Dios. Ciertamente María es una criatura, por sí misma es -como cualquiera de nosotros- una pura nada. Pero la ha invadido el amor de Dios como un torrente.

San Luis María Grignion de Montfort dejó escrito que María es «el Paraíso de Dios». «Dios hizo un mundo para el hombre peregrino: el nuestro; hizo otro para los bienaventurados: el paraíso, y otro para Él, al que llamó María».

Es Ella el cielo nuevo y la tierra nueva que germina solamente al Hombre-Dios. Con San Buenaventura afirmamos: «Dios podría haber creado un mundo más grande y más perfecto, pero no pudo realizar nada más digno que María».



1. Buenos Aires, Argentina: Alumna de primaria junto a altar de la Virgen. 2. Cusco, Perú: Tardes con María en Yucay. 3. Cali, Colombia: Visita de la Virgen de Fátima a las familias y rezo del Rosario. 4. Santiago, Chile: Reparto de Medalla Milagrosa en la Central de Mercado. 5. La Pintana, Chile: Reparto de alimentos a 450 familias. 6. Cusco, Perú: Rezo a la Madre Corredentora en el hospital de Campaña. 7. Arequipa, Perú: Consagración de los niños a la Virgen. 8. Venezuela: Consagración al Inmaculado Corazón de María. 9. Lomas de Zamora, Argentina. Reparto de comida en el comedor Doña Rita.